

LA FIGURA DE LA SEMANA

## CHEMA CABEZUDO ONZAIN

Arquitecto

## El último escalón de un edificio con mucho apellido

Acaba de inaugurar el nuevo templo de Santa Olaya, un proyecto que ideó su padre y que el sucesor ha hecho realidad

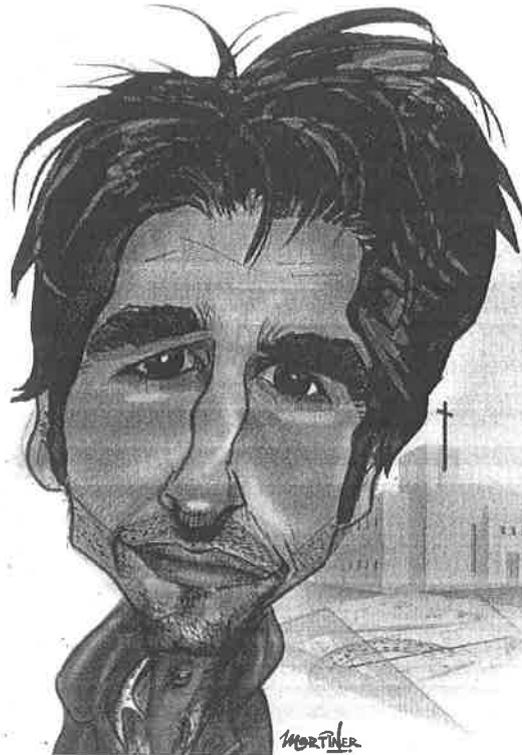
Ignacio PELÁEZ

De pronto un día sonó el teléfono del estudio de arquitectura que José María, Chema, Cabe-zudo Onzain (Gijón, 1984) heredó de su padre. Era del Arzobispado de Oviedo. Justo un año después de la muerte de su progenitor. Un responsable eclesiástico organizó una cita, querían pasar por su lugar de trabajo para proponerle retomar el proyecto de la iglesia de Santa Olaya, en El Natahoyo. Esa llamada supuso para el incipiente arquitecto gijonés una gran responsabilidad. Honor. Sorpresa. Incluso temor. Pese a su juventud, el Arzobispado depositó su confianza total en el chaval después de la entrevista. Hace sólo unos días se inauguraba un templo que respondía a una necesidad de décadas para decenas de feligreses. El clero no se equivocó y ahora, una vez edificado el templo —en el que destaca su sorprendente luminosidad, entre otras virtudes— cuenta con la aprobación unánime de todo el que tenga buen ojo y sensibilidad. Chema Cabezudo junior es, en gran parte, el responsable.

Nació en 1984, hijo del añorado arquitecto Chema Cabezudo Fernández y de la oftalmóloga Iciar Onzain Beobide. Fue niño inquieto, pero también de muchas inquietudes que pronto comprobaron sus profesores en

el colegio de la Inmaculada a lo largo de todas las etapas escolares en que se empapó de la cultura jesuítica. Solía decir que de mayor quería ser inventor, pues le gustaba abrir y estropear las cosas para luego poder arreglarlas. También se inclinaba hacia el dibujo.

Tan pronto como empezó a caminar dejó entrever sus capacidades creativas y desde muy pequeño acudía con frecuencia al estudio de su padre porque le gustaba doblar los planos del arquitecto. Tenía al maestro en casa, pero no fue hasta el bachillerato, cuando tuvo que decantarse por un itinerario de estudios, que apostó por las ciencias hasta acabar el colegio. Tras consensuarlo en casa, puso rumbo a la capital, con sus dieciocho años, para iniciar su periplo en la arquitectura. Eligió la Universidad Europea de Madrid y allí experimentó una importante etapa vital, fuente de conocimientos, que le hizo abrir la mente y conocer gentes de toda España y del mundo por la internacionalidad del centro. Se nutrió de los buenos conceptos de la carrera, de sus días y sus noches en la residencia universitaria, de los noviazgos y de los amigos para salir convertido en un arquitecto con personalidad y madurez, pero sobre todo con



Le gusta cocinar y el deporte, especialmente el submarinismo y hacer rutas por el monte

mucha proyección de futuro.

Estudió en una universidad donde se buscaba lo utópico, las nubes en el aire. Aprovechaba sus fines de semana en Gijón para “enredar” en los proyectos de su padre. Estuvo muy cerca de él cuando creó la iglesia del Buen Pastor e incluso realizó la primera maqueta del templo de Santa Olaya cuando todavía era estudiante. Fue por encargo de Chema. Lo hizo sin saber que iba a ser su hijo quien hiciera realidad el sueño del padre. Y el de muchos feligreses. Cuentan que ahora está comenzando a desarrollar más proyectos que

quedaron incompletos por falta de tiempo.

Tras los estudios, Chema volvió a Gijón —lo que, como otros tantos jóvenes, no pudo hacer su hermano Javier, ingeniero de telecomunicaciones en California— fijándose en grandes nombres españoles como Álvaro Siza, Ferrater o Rafael Moneo. Comenzó a trabajar con las cosas claras. Él mantiene siempre el mismo ritual ante todo aquel que acude a solicitar su ayuda. ¿Cuál es la situación de cada uno? ¿De dónde partimos? ¿Hasta dónde puede llegar el cliente a la hora de satisfacer sus objetivos? Él, como su padre antes, también es de llegar a consensos y no imponer su criterio. Le gusta pisar el terreno y conocer la realidad de lo que le rodea, no escondido tras un tóner y una escuadra. Disfruta al visitar los talleres, al empaparse de los oficios y al aprender de todos los que colaboran en convertir la magia del papel de un

arquitecto en algo tangible. Desde el peón hasta el marmolero, pasando por los carpinteros. Otra prueba de su querer aprender. Día a día, interesándose por comprender lo que desconoce para luego poder opinar.

Cuando tiene tiempo libre, que es casi nunca porque trabaja sin descanso, sustituye los lápices y rotuladores por la sal y la pimienta. Le gusta crear también entre fogones. Lo que comenzó siendo una necesidad cuando vivía en Madrid, fuera de casa, se convirtió con el tiempo en un gusto de alta gastronomía que demuestra en sus guisos y pescados. También es aficionado al deporte, en especial a hacer rutas por el monte y también al submarinismo. Le gusta estar informado y al tanto de todo lo que ocurre, desde que se levanta a las siete de la mañana. Lee varios periódicos cada día, desde lo local a lo internacional. De lo económico a las curiosidades. Hasta en eso se parece a su padre. Si sobra tiempo pone la televisión para ver documentales sobre fábricas y cómo producen y crean cosas.

De su progenitor heredó la tranquilidad en la forma de ser y de actuar, la capacidad de escuchar y dialogar con las personas. También la elegancia, educación, simpatía y bondad que desprenden sus gestos y palabras en cada movimiento, aunque prudente como su padre, jamás presume de ello. Quizás ni lo reconozca tampoco. Admira la inteligencia que tenía su padre —sin llegar al alcanzarla, según confiesa— pero le gana la vez a su progenitor en la facilidad para aprender continuamente. Es consciente que supone un orgullo ser hijo de Chema Cabezudo, una carta de presentación que le permite ir por la calle con la cabeza bien alta; pero también una carga adicional de responsabilidad de la que es plenamente consciente. Desde muy pronto ha sabido calibrarlo y a sus 33 años aceptó el reto de Santa Olaya. A la vista está que lo está consiguiendo. Nada menos que una iglesia en El Natahoyo que ha dado solución a decenas de personas, prueba de forma definitiva que José María Cabezudo, Chema hijo, firma ya con nombre propio la historia urbana de Gijón.

## La Peña Astur viaja a Andalucía para visitar las ganaderías de Murube y Cuadri

Varios miembros de la Peña Taurina Astur realizaron un viaje a finales del mes de abril para visitar varias ganaderías de toros en Andalucía. La primera visita fue a la finca la Cobatilla, en Utrera, propiedad del ganadero José Murube, en la que tuvieron oportunidad de compartir mesa y mantel con el ex matador de toros Emilio Muñoz y con el matador Pablo Aguado, que fue el encargado del tentadero que se celebró por la tarde. En la finca, se le hizo entrega al ganadero de un “Pelayo de Gijón”, el trofeo que tiene instituido la peña gijonesa que preside Dionisio Montero, como reconocimiento a su habitual hospitalidad. Otra de sus visitas les llevó hasta Trigueros, en Huelva, a la finca Comeñas donde pasta la ganadería de Fernando Cuadri. Allí disfrutaron de la camada de esta mítica ganadería, en la que pudieron contemplar los toros que tiene previstos lidiar en plazas como Valencia, Azpeitia, Palos de la Frontera y probablemente Logroño.



La Peña Astur, junto al ganadero José Murube, en su finca de Utrera. | LNE